

## El Amor de Las Migas y El Jarramplas

En un pequeño pueblo de Extremadura, donde el sol brillaba con fuerza y los olivos bailaban al viento, vivían dos personajes muy especiales: **Miga**, una niña encantadora que adoraba preparar migas con su abuela, y **Jarramplas**, un divertido y energético joven que llevaba una colorida vestimenta y un tambor siempre a cuestas.

Un día, mientras Miga ayudaba a su abuela en la cocina, el aroma del pan recién hecho llenó el aire. La abuela, con una sonrisa pícaro, le dijo:

—Hoy, cariño, haremos las mejores migas de toda la región. ¡Y tú serás la chef!

Miga saltó de alegría y, con su delantal de lunares, se puso manos a la obra. Cortó el pan en trozos, lo rociaba con agua y lo mezclaba con amor y cariño. Mientras tanto, Jarramplas, que estaba paseando por el pueblo, escuchó el ruido y el delicioso olor que provenía de la casa de Miga.

—¡Eso huele de maravilla! —pensó y decidió investigar. Con su tambor bajo el brazo, se acercó a la ventana y, al ver a Miga, no pudo evitar sonreír.

—¡Hola, Miga! ¿Puedo ayudar en algo? —preguntó, haciendo sonar su tambor.

Miga, sorprendida pero encantada, respondió:

—¡Claro! Necesito a alguien que me ayude a batir los huevos y a revolver el puchero.

Así, Jarramplas entró a la cocina y, juntos, comenzaron a preparar las migas. Se reían y hacían juegos con la harina, mientras el ritmo del tambor de Jarramplas hacía que todo fuera más divertido.

—¡Mira! —dijo Jarramplas, haciendo un pequeño salto—. ¡Estoy bailando con el tambor!

Miga se rió y, contagiada por su alegría, comenzó a girar con él. En ese momento, ambos se dieron cuenta de que algo especial estaba sucediendo: el aire se llenaba de magia, y una chispa de amor empezaba a florecer entre ellos.

Mientras las migas se cocinaban, Jarramplas recordó que el festival del Jarramplas se acercaba. Era un evento donde él, disfrazado de su famoso personaje, salía a la calle a bailar y a tocar su tambor, mientras los vecinos le lanzaban nabos como parte de la tradición.

—Miga, ¿te gustaría venir a ver el festival conmigo? —preguntó con una sonrisa tímida.

Miga, con los ojos brillantes, respondió:

—¡Me encantaría! Pero también quiero preparar un plato especial para compartir con todos.

Ambos se pusieron a trabajar y prepararon un gran plato de migas que llevarían al festival. Al caer la noche, el pueblo se iluminó con farolillos de colores, y la música llenó el aire. Miga y Jarramplas llegaron juntos, llevando su deliciosa creación.

Cuando Jarramplas apareció en la plaza, todos comenzaron a aplaudirlo. Él comenzó a tocar su tambor, moviéndose al ritmo de la música, mientras Miga sonreía desde un rincón. Pero, de repente, vio a algunos niños lanzando nabos a Jarramplas. No podía dejar que le hicieran daño, así que corrió hacia él preocupada.

—¡Cuidado, Jarramplas! —gritó.

Y justo en ese momento, un nabo voló por el aire. Miga lo atrapó en el aire con una habilidad sorprendente, haciendo que todos se quedaran boquiabiertos.

—¡Bravo, Miga! —gritó Jarramplas, riendo—. Eres una verdadera heroína.

Miga sonrió, y juntos se unieron a la fiesta. Con su plato de migas, invitaron a todos a disfrutar. La gente probó el delicioso manjar y se llenó de alegría, celebrando la amistad y la diversión, pero sobre todo la unión del pueblo en sus grandes fiestas.

Al final de la noche, mientras las estrellas brillaban en el cielo, Jarramplas se acercó a Miga.

—Gracias por ser mi compañera en esta aventura. Creo que juntos hacemos un gran equipo —dijo, con una sonrisa cálida.

Miga, con el corazón latiendo de emoción, respondió:

—Y creo que juntos hacemos las mejores migas del mundo.

Y así, entre risas, música y el aroma de las migas, Miga y Jarramplas descubrieron que el verdadero amor se encuentra en los pequeños momentos compartidos, en la alegría de la amistad y en las aventuras que se viven juntos.

Desde aquel día, no solo fueron la niña que hacía migas y el joven del tambor, sino también los mejores amigos que juntos llenaron su pueblo de risas, amor y muchas, muchas migas. Y cada año, en el festival del Jarramplas, recordaban su primer día juntos, mientras el sabor de las migas seguía encantando a todos.